

## DÉCIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.

## CAPITULO XI.

QUE LA VIRGEN SANTISIMA ES EL CONSUELO DE LOS AFLIGIDOS.

No hay cosa que mas fácilmente conmueva las entrañas maternas que las lágrimas, ni nada que haga tan honda mella en el corazon de la madre de Dios como una alma oprimida de penas. Siendo este estado el que nos hace mas dignos de compasion, la madre de los afligidos se muestra ordinariamente mas sensible con los que se encuentran en él, segun manifestaré en la serie de este discurso.

§. I.—Que la madre de Dios es el consuelo de los afligidos.

I. Lo que el eclipse es al sol, la leña verde para la lumbre, el temporal para el aire, la borrasca para el mar, el temblor para la tierra, la enfermedad para el cuerpo, el hielo para las plantas, el gusano para las frutas, el orin para los metales y la polilla para el paño, eso es la tristeza y la afliccion para el espiritu. Es una paralisis del alma, á la que tiene como tullida y casi sin ningun uso de sus facultades racionales. Es la noche oscura del entendimiento, el cual mientras dura aquella, no sabe lo que hace, ni dónde pone el pie, sino que se asombra y se asusta de todo. Es la carcoma de la voluntad, á quien abate, de suerte que queda sin movi-

miento y sin ninguna inclinacion al bien. Es la tisis del corazon, al que reduce al último apuro y le deja tan lánguido como una vela que se apaga. Es la fiebre ardiente de la imaginacion, que representa mil figuras extravagantes y fantásticas en el aire y quiere hacer pasar por verdad infalible lo que no ha existido, ni existirá jamás. Es la relajacion del apetito sensitivo, que sintiendo suspensa la razon corre desbocado como un caballo sin freno ni ginete y da rienda suelta á todas sus inclinaciones desordenadas. Es el dominio de las pasiones, que como vientos furiosos soplan acá y acullá y tienen á la pobre alma á la manera de un bajel llevado de las olas. Es la estacion de las tentaciones, que embisten y agitan el corazon mientras él está sin fuerza ni resolucion, y no tiene casi conocimiento de Dios, ni de las cosas espirituales; al contrario se despierta y reanima en él la aficion á las cosas bajas y terrenas. Es un mal, que por un tedio general de todas las cosas buenas hace sensibles todos los otros males y pinta muchas veces como insoportable lo que no merece tomarse en boca. Es un tiempo de regocijo para nuestros enemigos invisibles, los cuales como espíritus de tinieblas nunca descargan golpes mas certeros que con la oscuridad de la noche.

II. Es el estado del santo Job, cuando queria borrar del número de los dias el de su nacimiento, y que no se hablase de la noche en que fué concebido, sino como de un instante desgraciado. Es el estado de Moisés, cuando afligido con la sedicion del pueblo dijo á Dios que su vida no pendia mas que de un hilo (1). Es el estado del valeroso Sanson, cuando importunado por los ruegos y halagos de Dalila se halló á dos dedos de su ruina (2). Es el estado del buen Tobías, cuando pedia á Dios que

(1) Exod., III.

(2) Judic., XVI.

recibiera en paz su espíritu oprimido de males y de tristeza. Es el estado del atribulado Jonás, cuando se lamentaba de su vida y deseaba llegase su hora postrera. Es el estado del animoso Elías, cuando se tendió al pie de un árbol suplicando encarecidamente á Dios le sacase de este mundo. Es el estado del devoto Ezequías, cuando se volvió en su lecho al otro lado al saber la triste nueva que le anunció el profeta. Es el estado del invencible S. Pablo, cuando decia que habia sido afligido desmedidamente y sobre sus fuerzas con la tribulacion en tanto grado, que aun el vivir le era pesado (1). Es el estado para que quiere el Sabio (2) nos preparemos cuando estamos en prosperidad á fin de sacar provecho. Es el estado de David, cuando suplicaba á Dios no le abandonase en la vejez y en la edad decrepita (3). Es el estado en que necesitamos de todo el que nos quiere bien en el cielo, y en el que nos viene muy oportunamente el auxilio que se nos da.

III. Por eso la madre de bondad y misericordia nos manifiesta en él que es verdaderamente madre, y nos hace experimentar los dulces efectos de su clemencia. No quiero mas prueba de esta verdad que la voz auténtica de la iglesia, la cual la llama paladinamente consuelo de los afligidos. El mismo testimonio le dan los santos padres, y en especial algunos de los mas calificados entre sus devotos siervos. «Dios te guarde, consuelo nuestro, le dice S. Efren (4), que calmas nuestras penas, mitigas nuestras tristezas y alivias nuestras cargas.» «Oh castisima, bondadosisima y misericordiosisima señora, dice S. German de Constantinopla (5), único consuelo de los cristianos, alegría de los afligidos,

(1) II ad cor., I.

(2) Eccli., I.

(3) Salmó LXX.

(4) Serm. de laudibus Virg.

(5) In adoratione zonæ Deparæ.

refugio de los pecadores, no nos dejes por tu vida huérfanos y privados de tu auxilio, porque ¿á dónde iremos y á quién recurriremos, si tú nos abandonas? ¿Qué será de nosotros, oh vida y espíritu motor de las almas fieles? Así como la respiracion nos da á conocer que aun hay vida en nuestro cuerpo, de la misma manera mientras tu santísimo nombre esté en nuestros labios, siempre tendremos la señal indudable y la firme creencia de que seremos asistidos y regocijados por tí en todo tiempo y lugar y de todos modos. El humilde Idiota confiesa (1) que entre todos los nombres de los santos no hay otro que alegre á los afligidos y aliente á los que están cansados, como el de Maria. Parece que habla de la aurora, que es el consuelo de los enfermos, ó del faro que de pronto se presenta á la vista del atribulado marinero, cuando no sabe ya qué rumbo seguir. Y ¿quién duda que la Virgen aun en esta vida participó de los admirables atractivos de su amado hijo, de quien escribe santa Brigida que los que tenian el corazon oprimido y el alma abatida de tristeza, se excitaban unos á otros á ir á ver al hijo de Maria, cuya sola presencia restituia el gozo y la serenidad á sus almas desfallecidas? Y si en este valle de lágrimas el esplendor de su rostro angelical tenia ya la virtud de disipar las sombras y nubes de la tristeza, ¿qué será ahora que resplandece mas que mil soles y está como transformada en el sol de la luz eterna, que es el principio de todo el gozo del mundo? Pasó mas allá y digo que si Maria tiene un cuidado particular hasta de los extraños que recurren á ella, mucho mas deberá de tenerle de sus domésticos y de sus hijos. Y ¿quién se atreverá á dudar que como la mujer fuerte de los Proverbios no los pro-

(1) Contempl. de B. Virg., c. 5.

vee de los vestidos necesarios de estío y de invierno, es decir, que cuida tanto de protegerlos en tiempo de tribulaciones y adversidades como de impedir que se corrompan en medio de la falsa dulzura de los consuelos humanos?

IV. A fin de comprender el cuidado maternal que tiene de los suyos, figurémonos á la madre de un hijo único, el cual está gravemente enfermo: la pobre no se desnuda ninguna noche, ni toma descanso á hora alguna, porque no puede consentir que le sirvan otras manos que las suyas. Ella ha de preparar todo lo que toma y ha de servirselo; ella ha de velarle; ella ha de levantarle y acostarle; ella ha de hacerle la cama y no puede abandonarle ni un instante. Ella responde cuando llaman á la puerta, porque nadie entre á importunarle; ella impide el ruido que pueda molestarle; ella lo arregla y ordena todo, y nada encuentra difícil. Quitese la congoja y el fastidio de que no es capaz la madre de Dios; y ahí tenemos una tosea imágen de su ternura maternal para con las almas atribuladas. Digo tosea, porque es muy diferente de lo que hace ella en favor de los suyos cuando están afligidos. El entendimiento no puede comprenderlo y mucho menos declararlo la pluma. Es admirable con qué cuidado cierra las entradas á nuestros enemigos invisibles, para que no se prevalgan de una época peligrosa en que estaríamos mas dispuestos á recibir las perniciosas impresiones de ellos. Es admirable con qué poder contiene su furia. Es admirable con qué cariño proporciona á los suyos toda especie de lenitivos y consuelos. Ella despierta las especies de las cosas santas, que están como muertas y enterradas en la memoria: ella derrama rayos de luz en el entendimiento: ella endereza la voluntad para que recobre su antiguo vigor. Ella enfrena la imaginacion para que no se descarrie: ella contiene los ímpetus insolentes de las pasiones y las sujeta á la razon: ella desvia los objetos de las tentacio-

nes, que pudieran hacer mella en el alma: ella restituye poco á poco la aficion y deseo de las cosas espirituales y divinas: ella modera la inclinacion á las sensuales y bajas: ella cura insensiblemente el tedio y la torpeza del espíritu: ella levanta el alma con ciertos impulsos de alegría y sobre todo mantiene una secreta confianza que la asegura de que no será abandonada jamás, ni se irá á pique, por grande que sea la borrasca. Esta confianza la mueve á recibirlo todo de la mano de Dios y de su bondadosa madre, la hace conformarse con todas las disposiciones del cielo y la pone en un estado de firmeza como la roca incontrastable en medio del mar. Si los que experimentan este dichoso estado y esta asistencia de Maria, pudieran decirnos lo que sienten; si tuviéramos ojos de lince para descubrir lo que pasa en esas almas; ¡qué de maravillas veríamos! Si tuviéramos noticia de todos los que han sido consolados por ella en sus aficciones y por qué medios tan extraordinarios; ¡cuántos motivos hallaríamos para honrarla y amarla! Me contentaré con presentar dos ejemplos, el uno reciente y el otro antiguo.

V. Hace pocos años vivia en Méjico una pobre mujer, cuyo marido estaba ausente mucho tiempo habia, y ninguno de sus parientes se compadecia de ella, ni la socorria con nada. El demonio se valió de la ocasion para armar lazos á la castidad de la infeliz; pero ella estaba resuelta á morir de miseria antes que ofender á su criador. Una noche que no podia conciliar el sueño, como la soledad y las tinieblas agravaban su dolor, se levantó de la cama y para aliviar su pena se puso á mirar al cielo, donde tenia colocada su esperanza; pero la noche era tan oscura, que la afligida mujer no recibió ningun consuelo. Con el corazon oprimido se volvió otra vez á la cama y comenzó á hablar á la madre de Dios con las palabras que habia oido antes en una plática doctrinal.

Virgen santísima, le decia, tú que alargas la mano á cuantos imploran tu auxilio, ¿me dejarás á mi sola y desamparada? He oido decir, y lo creo, que tienes incomparablemente mas amor y mas tierno á tus hijos que ninguna madre á los suyos. Pues yo tengo por cierto que si la que me echó al mundo, me viera en tan lastimoso estado, se compadecería de mi y no me dejaría sin socorro. Con mas razon debo de esperar de tu maternal bondad algun consuelo en esta necesidad. Si tú me abandonas, ¿qué será de mí? ¿A quién recurriré si tú me das repulsa? Diciendo esto mira á la puerta y divisa una luz como la del alba que entra en el aposento. Extraña que amanezca tan pronto, y pensando en esto oye una voz que la llama por su nombre y le penetra tanto el alma, que destierra de ella toda pena y tristeza. Esta súbita mudanza aumenta su admiracion y oye de nuevo la misma voz que la llama y le dice: «Hija mia, buen ánimo, que nunca te desampararé: el estado en que ahora te encuentras, pasará y será seguido de contento. Yo te haré conocer que el cuidado de todas las madres del mundo no vale nada en comparacion del que tendré de ti.» Dicho esto, como la luz se fuese debilitando poco á poco, la mujer tuvo curiosidad de ver de dónde salia aquella voz, y se echó fuera de la cama. Entonces divisó en medio de las densas tinieblas de la noche una luz que iba amortiguándose y perdiéndose en el aire. Su corazon triste y abatido cobró de repente una alegría extraordinaria y celestial; y despues decia que habiendo oido la voz de la madre de Dios no le faltaba mas que ver su rostro peregrino cuando así lo dispusiese aquella señora.

VI. Se lee en la vida del bienaventurado Godrico, solitario inglés y contemporáneo de santo Tomás Cantuariense, que estando un dia haciendo oracion ante la imagen de la virgen Maria vió dos señoras de extraordinaria hermosura á los dos lados del altar, las que se mi-

raban sin decir palabra y de vez en cuando le echaban á él una ojeada. Godrico se estaba inmóvil con los ojos fijos en ellas y haciéndoles alguna vez una reverencia con la cabeza. Por fin las dos señoras se acercaron á él, y la de mas majestad, que estaba á la derecha, le preguntó si las conocia. Señora, respondió Godrico, eso se queda para los que tienen la honra de saberlo de tu boca, porque para mí es seguro que vuestros semblantes no son de personas mortales como nosotros. Yo soy la madre de Dios, repuso la Virgen, y esta es Maria Magdalena, fiel discipula de mi hijo. Al oir estas palabras Godrico se postró á los pies de la reina del cielo y le dijo: Santa señora, yo me entrego á ti y te suplico me recibas bajo de tu amparo y proteccion. Entonces la bondadosa madre de Jesus y Maria Magdalena le acariciaron poniéndole las manos sobre la cabeza y en el mismo instante llenaron la capilla de un aroma celestial. La Virgen no se desdeñó de divertir á su siervo entonando una devota cancion, que le ordenó retuviese en la memoria para calmar sus penas y fortalecerse contra las tentaciones del enemigo. Además le aseguró que en cuanto la cantase, acudiria ella en su auxilio. La cancion vertida en nuestro idioma sin el artificio del metro decia así:

«Es verdad, santa señora, eres portentosa, y tus perfecciones te hacen la mas adorable despues de Dios para mí. El que descansa allá arriba en el seno del Eterno como en tálamo divino, escogió en la tierra tu regazo materno para descansar en su infancia. Habia conocido que entre las mas puras tu virginidad era lo que seria su sacratísima humanidad entre las criaturas. Si es nazareno, no es sin misterio, sino para tu dicha, porque intenta que tú seas la flor entre las madres florecientes. Santa flor, que produjiste el fruto de vida, haz que los pecadores, sacudiendo la repugnante tiranía de la muerte, vivan de tus bondades. Reina dentro de mi corazon

como en tus estados donde Jesus da la ley. Yo me sujetaré á ti como á mi reina y á él como á mi rey. Mi alma poseida de santa embriaguez guste la inmensidad de esos divinos deleites mas durables que la eternidad. La esperanza que va halagando mi corazón con esta alegría, me hace limitar mis deseos y decir que con tal que yo te vea á ti con Dios, no quiero otra cosa.»

Nuestra señora hizo en seguida la señal de la cruz en la frente de Godrico y desapareció dejando aquel lugar perfumado con un perfume celestial.

§. II.—Que la Virgen santísima es el amparo de los desesperados.

I. Así como sucede á veces que descuidado un mal corporal al parecer leve, viene en pos otra dolencia mas grave, así sucede en el alma. De la punzada de una espina ó del pinchazo de una aguja nace una corrupcion de la sangre, una coleccion de malos humores, una inflamacion, una malignidad, en fin una gangrena que se extiende poco á poco y amenaza con la muerte, si no se acude pronto á cortar el miembro dañado. Diariamente vemos que un vaporcillo ó una exhalacion, que parece una columna de humo, sube hácia arriba, se junta con otras muchas en la region media del aire, se pone delante del sol impidiendo que envíe su luz á la tierra, se condensa, se fija, y rompiendo en relámpagos, truenos y rayos parece que va á arruinarse el mundo: si por oculta permission de Dios se entremete el enemigo, los efectos son mucho mas fatales. Pues lo mismo sucede cuando un sentimiento de tristeza se apodera traidoramente del corazón. Al principio parece que no es nada; pero poco á poco ofusca el entendimiento, abate la voluntad, oscurece la razon, mueve todos los afectos del alma, se enseñorea de la casa; de suerte que valiéndose de la ocasion el principe de las tinieblas introduce tal

cónfusión en el espíritu, que este queda reducido al último trance y á veces como á la orilla del precipicio y la desesperacion. ¿Cómo socorrer á esta pobre alma asediada por el enemigo y para quien parece estan cerrados todos los caminos de salvacion? Se necesita una mano omnipotente para librarla y hacer levantar el cerco al enemigo. Esta es una proeza de la madre de Dios, que tiene á su disposicion todo el poder de Dios, como dice Cosme de Jerusalem. Si ella no interviene, no veo ninguna esperanza; pero si llega á poner la mano, no hay nada que temer; porque nunca está mas cerca de los suyos que cuando todo parece perdido. Ella los ama hasta el extremo, y cuando menos pueden valerse, los coge en sus brazos y los alienta y conforta. En la necesidad se conoce lo que ella vale, y se sabe cuán fielmente conserva la memoria de los servicios mas pequeños que se le hacen.

II. Así lo experimentó por su dicha un mozo de la provincia de Toledo hará unos cuarenta años. Era un pobre pastor sumamente devoto de la madre de Dios, á quien hubiera deseado servir y honrar con todas sus fuerzas; pero especialmente le habia consagrado su castidad como el don mas agradable que á su juicio podia ofrecerle. No pudiendo sufrirlo el enemigo malo le asaltó con desesperada violencia. El espíritu del pastor se veia de continuo molestado con pensamientos torpes y pinturas abominables, y su cuerpo era reciamente atormentado. En medio de estos combates extraordinarios no le quedaba otro remedio que postrarse á menudo ante la imágen de la Virgen, á quien habia elegido por madre, y suplicarla que pues toda su esperanza estaba en ella despues de Dios, no permitiera que un siervo suyo fuese presa del enemigo. A medida que reiteraba esta súplica, Satanás rabioso de que un simple pastor tuviera tanta confianza y virtud, aumentaba sus baterias y le estrechaba de tal suerte, que al cabo su

corazon se llenó de pena y tristeza. Esta fue la primera oportunidad que se ofreció al enemigo para presentarse visiblemente delante de él. Pónese pues al lado del maneebo y le pregunta cariñosamente la causa de la tristeza que le oprimia. Despues de varias pláticas el pastor le descubre su pecho y le declara la causa de su afliccion. El falso consolador repone que no hay por qué asustarse; que Dios no atiende á nuestros pensamientos, ni á lo que pasa en el corazon, con tal que no llegué á ser acto exterior. Lejos de mitigarse su pena con estos discursos sus males empeoraban de dia en dia, porque su corazon por un lado estaba en extremo abatido, y por otro le molestaban cruelmente aquellas torpes imaginaciones. Pero lo que le hizo caer en el lazo y le quitó todo consuelo, fué el persuadirse que habia consentido en las perversas sugerencias del enemigo. Estando en tal angustia volvió el tentador á darle nueva embestida presentándose con diferente traza que la vez primera. Al ver sus ojos hundidos, su cara pálida y consumida, su semblante triste hubiérase dicho que era un hombre extenuado por los estudios y vigiliias. Empezaron pues á razonar. El pastor todo turbado y sin saber casi lo que dice, ni lo que hace, le descubre ingénuamente su pena: el astuto tentador le responde entre pensativo y severo que se halla en muy mal estado y que no le queda esperanza de alcanzar el perdon de sus pecados. Pues ¿qué quiere decir, replica el mozo, lo que he oido predicar tantas veces, que para todo pecado hay misericordia? Cree lo que te digo, respondió el diablo, porque no quiero engañarte, y debes de conocer que mi edad y mis estudios me han hecho adquirir el conocimiento de la verdad. No obstante no te ocultaré que Dios nos ha dejado aun un remedio para reparar las culpas de esta especie y volver á su gracia; pero no he querido descubrirte antes, porque es difícil, y tal vez excede á tus

fuerzas. Ya que quieres saberlo, te digo que es el martirio. III. A medida que el antiguo engañador dejaba traslucir alguna esperanza de remedio, el pastor se parecia por saberlo: asi le preguntó que de qué martirio hablaba. No te ocultaré nada, dijo el demonio. Ese pecado no puede expiarse sino perdiendo la vida; pero puedes escoger entre tres géneros de muerte; es á saber, ó colgándote de un árbol, ó arrojándote á una hoguera, ó tirándote al próximo lago. Despues de decir algunas otras palabras se despidió del pastor dejándole extremadamente afligido y perplejo. Por un lado teme sea ilusion, y le viene al pensamiento el remedio de la penitencia saludable que ha practicado tantas veces. Por otro le parece no podrá soportar la vergüenza que le ha de causar la declaracion de un pecado tan enorme. Terrible le parece la muerte; pero el temor de la confusion le asusta aun mas y puede mas con él. Al fin resuelve arrojarse á una hoguera y empieza á amontonar leña para formarla. ¿A qué no se atrevé un espíritu turbado, especialmente cuando le acosa el enemigo? Estando ya todo preparado, el pastor prende fuego á la hoguera y se arroja en medio de las llamas; pero la madre de misericordia no quiere dejar perecer al que la ha amado y servido tan cordialmente, y la apaga sin ser vista. El pastor desesperado vuelve á encender la hoguera, y la piadosa señora la apaga de nuevo. Tercera vez aquel mozo frenético prepara mejor la leña para que arda mas fácilmente: entonces Maria santisima se le muestra en figura de una venerable señora vestida de blanco y le saca con fuerza de entre las llamas.

IV. El pastor entonces no sabe á qué resolverse: por una parte le parece que el cielo no quiere consentir su muerte, y por otra no puede desechar de su alma las

sugestiones del enemigo. Atormentado en el cuerpo y en el alma se sienta á descansar en el tronco de un árbol mirando siempre atentamente á la hoguera. En esto vuelve su consejero y le pregunta qué significa tanto abatimiento. El pastor responde que ha querido probar á arrojarse en la hoguera; pero que se han frustrado sus intentos. Es probable, dice el espíritu maligno, que Dios no quiere que te purifiques por el fuego, sino mas bien que tu pecado se lave con el agua. ¿Ves ese lago? Pues ahí lavarás todas las manchas de tu alma. Como no hay nada difícil para aquel corazón atribulado, que desea purgar las ofensas cometidas contra Dios y librarse de su tristeza y abatimiento, corre hácia el lago pareciéndole que ha de llegar tarde; pero estando para tirarse, recuerda que no ha rezado sus acostumbradas devociones á la Virgen: se hinca de rodillas y reza devotamente una parte de rosario suplicándole á María santísima le ayude en su extrema necesidad. Acabada la oracion se desnuda de todos sus vestidos menos la camisa y se descalza á la orilla del lago: se tira al agua, y á fuerza de brazos se dirige al sitio donde la corriente es mas impetuosa, para que le arrastre cuanto antes: llegado allí abre la boca todo lo que puede para tragar mucha agua. Este es el crítico instante en que la madre de bondad debe de manifestar que no la ha servido en vano aquel pobre mancebo. Ya acude la amorosa señora: véola caminar sobre las aguas para impedir que se pierda el desdichado. Cógele de la camisa, le lleva á la orilla y despues de darle muchos y sabios consejos se despide de él. Asombrado el pastor de tan singular bondad y confiando obtener el perdón de su pecado hace propósito de borrarle con las lágrimas de la penitencia.

V. Por mas que se publiquen las misericordias de la madre de Dios, por mas que se hagan resonar en to-

das las regiones del mundo los prodigios de su bondad, y por mas que toda la tierra se ocupe en pregonar el singular cariño que profesa á los que la sirven y veneran, nunca se conseguirá decir lo que es en realidad. Antes se agotarían las aguas del Océano y se contarían las arenas del mar que reducir á guarismo los efectos de la bondad de nuestra señora. Ese es un abismo que se pierde en el abismo de los designios incomprensibles de Dios. A él sea la gloria, y por amor de él sea el honor á la que él mismo quiso hacer tan grande, y á nosotros la confianza para recurrir á ella en todas nuestras necesidades.

### UNDECIMA ESTRELLA

**ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.**

### CAPITULO XII.

QUE LA MADRE DE DIOS ES EL REFUGIO DE LOS PECADORES.

Así como en las enfermedades graves se conocen los médicos excelentes, así en las miserias extremas se manifiestan las grandes misericordias. El pecado es el cúmulo de todas las miserias del hombre, y la reina del cielo es la reina de las misericordias. ¿En qué cosa pues se empleará con mas provecho para los hombres que en preservarlos para que no caigan en él, y en librarlos de él cuando han caído? Este es propiamente el lugar donde triunfa la misericordia y donde la madre de amor da